

¿Está Cataluña en estado?

XAVIER RUBERT DE VENTÓS

¿Vamos a dejarnos envolver una vez más en ese psicodrama del si somos o no somos; de si somos una comunidad, un país, un pueblo, una nación? ¿Vamos a tener que seguir mascando la suela de la identidad como los indios mascan la hoja de coca? ¿Estamos decididos a seguir exhibiendo nuestras dudas existenciales, para secreto regocijo de aquellos a quienes cedemos así el privilegio de comprendernos, de reconocernos e incluso de buscarnos el acomodo que apacigüe nuestras quejas? ¿Vamos a seguir olvidando que quienes tienen hoy los auténticos problemas de identidad son los Estados; unos Estados cuya operatividad estratégica, rentabilidad económica y legitimidad política no son ya ciertamente lo que eran? ¿Acaso no es la propia "soberanía nacional" que ellos esgrimen la que ha de ser hoy redefinida y redimensionada? ¿O es que vamos a seguir creyendo que las estructuras políticas que lideraron la "modernización" en el siglo XVII o XVIII siguen siendo el modelo político irrefragable, en cuyo seno deben buscar el correspondiente alveolo todas las demás? ¿Y cómo se explica que sean los Estados tradicionales quienes, paradójicamente, quieren llamarse ahora nación ("Nación española") en lugar de "Estado español" —término éste que, según Jiménez de Parga, "sugiere una mera soberanía mitigada, disminuida y descafeinada—?".

No sé dónde acabará todo eso. De lo que estoy seguro es

de que para salir del atolladero hemos de empezar por reconocer que el Estado conserva tanto la legitimidad política como el prestigio social que le otorga su práctico monopolio de la fuerza y de la asistencia. *Sanción y cobijo, palo y zanahoria, patria y materia* a la vez; he ahí la aureola mítica que aún envuelve al Estado.

El aura de la Nación, por el contrario, es mucho más consciente y explícita que la del Estado —y por ello mismo, seguramente, también menos operativa—. De ahí que yo proponga a mi país el irse desmarcando del nostálgico imaginario nacional para acceder al cívico imaginario estatal. Dejémosnos, pues, de nociones y naciones metafísicas: *tenemos*, ciertamente, un pasado, pero *somos* (como decía Gramsci) aquello que podemos llegar a ser. Y la verdad, las condiciones objetivas para ir alcanzando una naturalización estatal del país son ciertamente favorables; de hecho, sólo falta que su gente quiera (y pueda) manifestarse mayoritariamente en este sentido. Cataluña no es muy grande ni poderosa, ciertamente, pero lo que es la soberanía de la mayoría de los Esta-

dos tampoco goza hoy de muy buena salud.

En efecto. Cuando la teórica independencia de todos los Estados va manifestándose como una real interdependencia; cuando las ciudades van constituyéndose en agentes decisivos de la globalización; cuando los límites claros que definían áreas precisas (a la vez económicas, militares, administrativas, lingüísticas, energéticas, etc.) se ven difuminados por los solapamientos del área y regiones; cuando, en resumen, un mundo en *red* va transformando en obsoletas las estructuras *radiales* favorecidas por el Estado moderno... Cuando todo esto ocurre, las perspectivas de que a menudo vayan resultando más funcionales, digamos, las cataluñas que las españas pueden no estar tan lejos. ¿No le iría mejor al Prat una *hub* de Lufthansa que seguir atado por la casposa retórica de la "compañía de bandera"?... Todo ello sin excluir que, visto lo visto, muchos catalanes deseen seguir asociados al Estado español —ahora sí, por razones identitarias, genealógicas o sentimentales— y formar con él una *nación de naciones*. Pero en tal caso serán españoles porque lo han decidido; no porque una

Constitución los haya encerrado ahí con la insignia de "nación" colgando del cuello. Sé que ni el nuevo Estatuto ni la reformada Constitución pueden, de un plumazo, solucionar el tema —pero sí pueden encauzarlo mejor o peor hacia el futuro—.

Cuando este futuro se dibuja color de mosca, es lógico que el catalanismo fuera a menudo nostálgico y esencialista. Cuando la perspectiva a medio plazo es la que se vislumbra, cuando el viento no lo tenemos ya en proa, seguir enzarzados en lo de si somos o no somos una nación más o menos histórica me parece un simple disparate. De lo que se trata, muy simplemente, es de *conseguir la financiación, la representación europea y las competencias no revocables ni laminables que nos permitan administrar ese combinación de coacción y de protección que generan la adhesión del ciudadano a un Estado*; dadme este huevo, diría yo, que ya le encontraremos su fuero. Los nombres, los símbolos, son importantes, sin duda, y sobre su sabio manejo escribí ya hace mucho tiempo ("Las razones de Pujol", *La Vanguardia*, 25-IV-81). Pero hoy se trata de construir

una escuela, una sanidad, una integración social ejemplares. En todo caso, es por cosas así que muchos catalanes votarán eventualmente por un Estado —se diga o no que somos una Nación—.

En los ochenta peleé para que el catalán fuera *usado* en las instituciones europeas, no para que fuera *nominado*; reivindicaba su *uso* político, no un *diploma* de oficialidad. Y es por lo mismo que hoy reclamo el poder de controlar nuestros recursos y de orientar nuestro futuro, no un membrete de nación o nacionalidad más legítima o más histórica que la del vecino.

En el fondo de este proyecto está mi deseo de alcanzar un marco político donde no resulte ya necesario ser nacionalista (algo que a mí me tiene frito) y donde la propia identidad política no tenga que ser tan *expresada* como simplemente *ejercida*; donde esta identidad deje por fin de ser un querido *tema* para transformarse en una simple *tarea*. Entonces no tendremos ya que insistir regularmente en que Cataluña es una nación: bastará anunciar gloriosamente que Cataluña está en estado, y que muchos son los caminos del Señor.

"Evítadme, Señor, el dolor físico" —decía Oscar Wilde—, "que del psíquico ya me encargo yo". "Dadnos, Señor" —repedaría yo— "la independencia práctica, que de la formal ya nos encargaremos nosotros".

Xavier Rubert de Ventós es filósofo.

Viene de la **página anterior** el contrario, tendría carga fraccionaria. Así, intentaron medir con gran precisión la carga de diminutas esferas metálicas, en una reedición perfeccionada del experimento que permitió, a principios del siglo XX, determinar la carga del electrón. El resultado publicado fue positivo; parecían existir cargas libres. Pero, a pesar de todos los intentos posteriores y la gran variedad

El quark en su rincón

de experimentos diseñados a este fin, nadie ha podido corroborar el resultado de Fairbank, por lo que la opinión generalizada es que se trata de una mala interpretación de los datos o un efecto indeseado del dispositivo

experimental. No parece que los quarks puedan liberarse de sus ataduras y es posible que nunca detectemos uno separado de sus socios en una partícula "ordinaria". Sin duda existen, y sus propiedades individuales están bien definidas, pero no pueden desembarazarse de la pegajosa interacción que los mantiene unidos a sus compañeros.

Desafortunadamente, es muy poco probable que este tipo de

conocimientos tenga algún día una utilidad "práctica" directa; yo diría que es tan improbable como que seamos capaces de sacar a un quark de su rincón, aunque, como toda investigación genuina, propone objetivos experimentales que tienen un impacto tecnológico positivo. El inmenso esfuerzo intelectual invertido en este tipo de ciencia es parte de un largo proceso iniciado por los pensados-

res griegos que hace dos mil quinientos años empezaron a especular con la idea de que la complejidad aparente de la naturaleza podía desentrañarse en base a componentes simples y a leyes inteligibles y expresables matemáticamente. Un proceso que no terminará nunca.

Cayetano López es catedrático de Física y ex rector de la Universidad Autónoma de Madrid.

CARTAS

AL DIRECTOR

Viene de la **página anterior** gio universal. El Gobierno propone leyes como la del divorcio, la del aborto o, recientemente, la del matrimonio homosexual, pero no exige que alguien deba casarse, divorciarse o abortar, ni le condena por no hacerlo. Pero además la Iglesia está confundiendo el lugar y el público al que dirige sus condenas. Debe utilizar el púlpito y limitarse a sus feligreses.

Finalmente, la Iglesia debería ser tan crítica con los casos de pedofilia como lo es ahora con las decisiones del Gobierno, y denunciarlas en lugar de ocultarlas.— **Raúl García Martín.**

Rotundidad

Leo con sorpresa en EL PAÍS del 6 de octubre que el señor Haro Tecglen afirma de mi abuelo que "El Campesino fusilaba homosexuales (...)". Con sorpresa, porque no tenía noticia de tales hechos y con sorpresa también por la rotundidad de lo dicho, que se enuncia sin fisuras, sin dejar un

resquicio a la duda. Como el señor Haro Tecglen no estuvo —no pudo por la edad— a las órdenes de mi abuelo, entiendo que la información a que se refiere es de segunda mano —de oídas o leídas— y no sé si ha comprobado la veracidad de sus fuentes o si dispone de documentos que autoricen lo dicho.

Es fácil y cómodo afirmar cosas que se instalan en el terreno de la nebulosa histórica, sobre todo si se dicen de quien no puede ya rebatirlas. Me gustaría que alguna vez alguien recordase otros episodios de la vida de mi abuelo, como su enfrentamiento a Stalin en la ex Unión Soviética, lo que le valió una durísima persecución. Me gustaría, en fin, que a mi familia se le dejara el derecho elemental de recordar a los suyos —en este caso a mi abuelo— dignamente y con serenidad.— **Rosario González Pérez.** Madrid.

Puntualización

He leído con atención y sorpresa la crónica publicada en su edición del día 8 de octubre, titulada "El Congreso aprueba por unanimidad la Ley Integral contra la Violencia de Género", con

especial interés a la única referencia que se hace de mi intervención ante el Pleno de la Cámara.

Deseo puntualizar que en absoluto, en los 17 minutos que duró la misma, mi deseo fue destacar ni valorar por encima de los demás cambios introducidos el que en el texto de su periódico se describe como "único gran cambio admitido por los socialistas: extender el agravamiento penal, inicialmente previsto para los hombres maltratadores y no para las mujeres agresoras (...)".

Por el contrario, en las reiteradas explicaciones dadas a lo largo de los meses de tramitación de esta ley como portavoz del Grupo Parlamentario Izquierda Verde Izquierda Unida-Iniciativa per Catalunya Verds en esta materia he destacado que los puntos verdaderamente fundamentales eran aquellos referidos a aspectos relativos a la sensibilización, la prevención y el tratamiento para erradicar el grave problema que afecta a las mujeres maltratadas y sobre el que la sociedad ha mostrado una gran sensibilidad. Ésas sí son para nuestro grupo las transformaciones importantes y así se destacaron convenientemente en las enmiendas que presentamos al texto original.

El objeto de esta carta es dejar convenientemente aclarada esta cuestión y destacar el trabajo serio y responsable realizado por todos los grupos minoritarios, que ha posibilitado mejorar el proyecto inicial y ha ido mucho más allá del simple respaldo al texto remitido por el Gobierno.— **Carne García Suárez,** diputada del Grupo Parlamentario Izquierda Verde Izquierda Unida-Iniciativa per Catalunya Verds.

España y las lenguas de la UE

Leo con interés las noticias relativas a la iniciativa del Gobierno español de convertir al catalán, gallego y vascuence en lenguas oficiales de la Unión Europea. Aun considerando legítimo (que no por ello práctico y/o viable) el derecho de los parlamentarios a expresarse en el Parlamento Europeo en las lenguas de sus respectivas regiones, me pregunto cuántos de estos representantes, y por extensión del resto de parlamentarios de nuestro país, serían capaces de expresarse correctamente en cualquier lengua oficial de la Unión distinta del español.

La fluidez en el empleo de

idiomas extranjeros es considerada en la mayoría de países de la Unión como algo no solamente útil para el ejercicio de la labor de parlamentario europeo, sino prácticamente obligado para todo licenciado universitario. Mientras tanto, en España seguimos mostrando un evidente retraso en el manejo de otros idiomas, perceptible no sólo entre el ciudadano medio, sino también en ámbitos de alta responsabilidad política.

Que cada cual reflexione y extraiga conclusiones sobre las prioridades del proceso de construcción europea en materia lingüística. Yo sólo me pregunto si con iniciativas como la mencionada anteriormente marchamos por el buen camino...— **Daniel García-Zarza Martínez.** Salamanca.

Fe de errores

En la información sobre la delincuencia en las grandes ciudades publicada el día 11, la primera debía ser Torrevecija (189 delitos y faltas por 1.000 habitantes), y no Benidorm, como figura en la noticia.